

EL REGIONAL

DIARIO DE LUGO

Franqueo concertado

Año XLII

PRECIOS DE ANUNCIOS
En 4.ª plana, 0'10 pesetas línea; en 3.ª id., 0'15; pesetas ídem id.—Rectamos 0'25 ídem id.—Comunicados y Edictos, 0'25 ídem id.—Noticias una peseta línea.
A las empresas anunciadoras tarifas convencionales.
El impuesto del timbre á cargo del anunciante.—Pago adelantado.

Lunes 26 de Enero de 1925

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Lugo: un mes, una pes. fa.
Provincias: tres meses, 4 ídem.
Extranjero: tres meses, 9 ídem.

Núm. 14.374

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: SAN MARCOS, 7

CON PLUMA AJENA

El asistente

El cementerio, lleno de oficiales, parecía un campo florido. Los quepis y los pantalones rojos, los galones y los botones dorados, los sables, los cordones del Estado Mayor, los brandeburgos de los cazadores y de los húsares se veían por entre las tumbas, cuyas cruces blancas o negras abrían sus brazos lamentables, sus brazos de hierro, de mármol o de madera sobre el pueblo desaparecido de los muertos.

Se acababa de enterrar a la mujer del coronel Lemousin, que se había ahogado dos días antes bañándose en el río.

Terminada la triste ceremonia, el ciero se había retirado; pero el coronel, sostenido por dos oficiales, seguía de pie ante la fosa, en cuyo fondo veía todavía el féretro de madera que ocultaba, descompuesto ya, el cuerpo de su joven esposa.

Era casi un anciano; un hombre escuálido, de bigotes blancos, que se casó tres años antes con la hija de un compañero, que quedó huérfana al morir su padre, el coronel Sorfís.

El capitán y el teniente, sobre quienes se apoyaba su jefe, trataban de hacerle reír. El se resistía, sujetándose las lágrimas, que le llenaban los ojos, y murmurando muy bajo: «No, no; un poco, un poco más». Obstínase en seguir allí, con las piernas vacilantes al borde de este hoyo, que le parecía sin fondo, como un abismo donde habían caído su corazón y su vida, cuanto le quedaba en la tierra.

De pronto, el general Ormont se aproximó, cogió por el brazo al coronel, y llevándolo consigo casi a la fuerza: «Vamos, vamos, mi antiguo camarada, no hay que seguir ahí». El coronel obedeció entonces y volvió a su casa.

Asenas entró en su despacho, vió sobre la mesa una carta. Al cogerla, estuvo a punto de caer de sorpresa y de emoción: había reconocido la letra de su mujer. La carta llevaba el sello de Correos con la fecha del mismo día. Rompió el sobre y leyó:

«Padre: Permíteme que, como antes, te siga llamando padre. Cuando recibas esta carta yo habré muerto y estaré bajo tierra. Entonces, tal vez podrás perdonarme.»

«No quiero conmoverte ni atenuar mi falta. Quiero únicamente decir, con toda la sinceridad de una mujer que va a matarse dentro de una hora, la verdad clara y completa.»

«Cuando por generosidad me tomaste por esposa, yo acepté reconocida y te amé con todo mi corazón de muchacha. Yo te amé tanto como a papá, por no decir más, y así un día, cuando estando sobre tus rodillas me acariciabas, se me escapó, a pesar mío, un grito: «Padre», dije. Fue un arranque del corazón, instintivo, espontáneo. Ciertamente, eras para mí un padre, nada más que un padre. Tú, riendo, me dijiste: «Lámame siempre así, hija mía; eso me gusta.»

«Volvimos a esta ciudad y—perdonáme, padre—tuve la desgracia de enamorarme. ¡Oh! Resistí largo tiempo, casi dos años; lécio bien, casi dos años; pero después cedí y me hice culpable, me hice una mujer perdida.»

«En cuanto a él... No adivinarás quién es... Estoy bien tranquila respecto a eso, puesto que eran doce los oficiales que estaban siempre alrededor mío y conmigo y a quienes llamabas mis doce constelaciones.»

«Padre: no trates de conocerle ni le odies. Ha hecho lo que cualquier otro en su lugar y además cualquieera de que me quería también con todo su corazón.»

«Pero escucha. Un día nos habíamos citado en la isla de las Becasas. Ya sabes, la isleta que hay detrás del molino. Acababa yo de llegar y de reunirme a él, cuando de entre los arbustos salió Felipe, tu asistente, que nos había sorprendido. Comprendí que estábamos perdidos, y lancé un grito; entonces, él, mi amante, me dijo: «Vete tranquila y déjame con este hombre.» Me fui emocionadísima y volví a casa haciendo algo espantoso.»

«Una hora después Felipe me decía quedamente en el corredor del salón, donde le encontré: «Estoy a las órdenes de la señora; si tiene alguna carta que darme...» Entonces comprendí que se había vendido y que mi amante lo tenía sobornado.»

«Le di varias cartas, en efecto; todas mis cartas. Felipe las llevaba y me traía las respuestas.»

«Esto duró unos dos meses. Nosotros teníamos confianza en él, como tú mismo la tenías también.»

«Pero, al fin, padre, ocurrió lo que vas a saber. Un día fui a la isla, como de costumbre; pero esta vez encontré sólo a tu asistente. Este hombre, que me esperaba, díjome sin más rodeos que iba a denunciarnos a ti y a entregarte algunas cartas que había guardado si no cedía a sus deseos.»

«¡Oh! ¡Padre, padre mío! He tenido miedo, un miedo cobarde, indigno; miedo de tí, sobre todo; de tí, tan bueno y engañado por mí; miedo por él, por mi amante también—tú lo habrías matado—, y por mi quizás; no sé, es taba loca, trastornada, y «compré» otra vez a este miserable, que también me amaba. ¡Qué vergüenza!»

«Somos tan débiles nosotros, las mujeres, que perdemos la cabeza más pronto que vosotros. Y después, cuando una vez se ha caído, se cae siempre, se sigue cayendo, y más bajo, más bajo. ¿Sabía lo que me hacía? Sabía únicamente que uno de vosotros dos y yo podíamos morir, y me entregué a este bruto.»

«Ve, padre, que no trato de excusarme.»

«Entonces ha ocurrido lo que debía haber previsto: este hombre me ha tomado cuantas veces ha querido, asustándome; ha sido también mi amante como el otro, todos los días. ¿No es abominable? ¡Qué castigo, padre mío!»

«Al fin, me dije: Es preciso morir. Viviendo, yo no podría confesar semejante crimen. Muerta, me atrevo a todo. No tenía otro remedio que morir; nada me habría purificado; estoy demasiado mancillada. No podía amar ni ser amada; me parecía que manchaba a la gente sólo con darle la mano. Ahora mismo voy a tomar mi baño en el río y no volveré más.»

«Esta carta para ti irá a casa de mi amante. El la recibirá después de mi muerte, y cumpliendo mi último deseo e ignorante de su contenido, la reexpedirá para tí. Y tú la leerás al volver del campamento.»

«Adiós, padre; no tengo más que decirte. Perdoname.»

El coronel se enjugó la frente, cubierta de sudor. Había recobrado de pronto su sangre fría, la sangre fría de los días de batalla.

Llamó. Se presentó un criado. «Que venga Felipe. Después entreabrí el cajón de su mesa. Felipe entró al momento. Era

un soldadote de rojos bigotes, aire astuto y ojos lamados.

«El coronel le miró de frente.»

«—Vas a decirme el nombre del amante de mi mujer.»

«—Pero mi coronel...»

«El jefe tomó su revólver del cajón, entreabierto.»

«—Vamos, pronto; tú sabes que no bromeo.»

«—¡Pues bien!... Mi coronel... es el capitán Saint-Albert.»

Apenas había pronunciado este nombre, un fogonazo le quemó los ojos y una bala en medio de la frente le hizo caer de cara contra el suelo.

GUY DE MAUPASSANT.

UN TEMA DE ACTUALIDAD

De tarde en tarde—ya que se han impuesto un régimen de silencio interrumpido en contadas ocasiones—se oye la voz de algún político prestigioso del antiguo régimen... Y aunque parece olvidado cuanto con aquel período de la política española se refiere, es lo cierto que la opinión declara con verdadero interés las declaraciones o profesías de cuantos militaron en la vida pública, antes del día 13 de Septiembre.

Ahora, y de labios del señor Bergamín, surge de nuevo un tema que ha sido hace tiempo objeto de reflexión: conveniencia o inutilidad de los partidos políticos.

«Puede gobernarse en España, buscando el apoyo de pequeños núcleos de opinión que formen en su totalidad un instrumento apto de Gobierno; o es preciso buscar esa aptitud y capacidad en los grupos numerosos y homogéneos, que por su misma disciplina de pensamiento, de ideología, estén en condiciones de servir al país?»

La cuestión será siempre objeto de apasionados comentarios.

Aunque el Directorio al venir al Poder declaró nula la citación de los grandes partidos, intenta la creación de un «instrumento» de Gobierno—la Unión Patriótica—que al fin y al cabo no será más que eso, un partido grande; con el inconveniente de que la vaguedad con que se han determinado los puntos de vista de la Unión Patriótica, habrá dado lugar a que discrepancias latentes no se manifiesten hasta que surja el primer obstáculo, la primer apreciación subjetiva, ya que siendo tan antagónicos sus componentes tendrá que ser inevitable el desajuste.

Leyendo periódicos

Los visitantes del hermoso jardín zoológico que posee la capital de Italia, se vieron sorprendidos al observar que M. Mussolini llegaba hasta la jaula de los más fieros leones y penetraba resueltamente en ella. El presidente del Consejo italiano gusta, en efecto, de trasladarse con frecuencia al parque zoológico citado para obtener noticias de una pequeña leona llamada «Italia», que estamina especialmente.

En uno de sus últimos paseos a lo largo de esas alamedas, Mussolini se detuvo ante la dicha jaula de leones, penetrando en ella entre una ovación singularísima de rugidos secundados por movimientos acrobáticos.

—S—

El «Volksrecht» de Zurich dice que una señora suiza, recientemente fallecida en Holanda, ha dejado una fortuna de 2.000 millones de francos, fantástica suma de la que será heredera la única parienta de la difunta, que es una anciana que vive en Saint-Gall.

Parece que esta señora ha decidido repartir la herencia entre sus cinco hijos, uno de los cuales es obrero metalúrgico en Winterthur, el cual cobrará, por consiguiente, la bagatela de 400 millones de francos.

—S—

La directiva del Casino de Monte Carlo, que preside Sir Basil Zaharoff, reputado de mayor riqueza que Henry

Ford, ha aprobado el gasto de un millón de dólares para la construcción de nuevos edificios. Se levantarán un centro deportivo y un teatro de la ópera, y la sección privada de los salones de juego quedará unida al Café de Paris, de que la separa una distancia de 15 yardas.

—S—

Las maquinillas de escritura japonesa constan de una sola llave e imprimen 7.026 caracteres de letra. Se puede escribir en ella con facilidad 60 palabras por minuto, en un ángulo tiene también el alfabeto inglés y posee muchas otras ventajas de que carecen otras máquinas de escribir.

LA DEMOCRACIA

¿Una nueva fuerza que se dispone a actuar?

El ilustre catedrático de Bibliografía en la Facultad de Letras de Madrid don Pedro Sáinz Rodríguez, ha hecho interesantes manifestaciones a «La Epoca», que consideramos oportuno recoger por referirse a actitudes posibles de la democracia en nuestro país. Hablando de la crisis que atravesamos, ha dicho el Sr. Sáinz:

«La juzgo semejante a la que sufren los partidos ingleses, aunque determinada por causas diametralmente opuestas. Allí la fusión de los liberales y los conservadores ha sido motivada por lo»

BANCO PASTOR

antes Sobrinos de José Pastor
CASA FUNDADA EN 1776

Capital suscrito: Ptas. 17.000.000
Id. desembolsado: " 8.500.000

LA CORUÑA, VIGO, LUGO, ORENSE, EL FERROL, VIVERO,
SARRIA Y MONFORTE

REALIZA TODA CLASE DE OPERACIONES DE BANCA
Y BOLSA

Horas de caja: De 9 y 1/2 a 2

SUCURSAL EN ESTA PLAZA, REINA, 4, BAJO.

CAMARA ACORAZADA CON COMPARTIMIENTOS DE ALQUILER

12

BIBLIOTECA DE «EL REGIONAL»

—¿Cómo? ¿Qué decís, Pecker? ¿Qué significa eso del presentimiento?

—¡Eso quisiera decir! ¡No vayáis!

—¡Y sin embargo, es necesario! ¡No puedo quedarme, es indispensable que vayal! ¡Adiós, Samuel, si yendo a Marley corro en pos de la muerte, que se cumpla la voluntad de Dios!

Darrell soltó la brida, picó espuela y Balmorino emprendió la carrera con tal velocidad, que muy pronto Samuel Pecker no distinguió más del grupo formado por ginete y caballo, que la nube de blanco polvo que los envolvía, y que un venticello de otoño empujaba hacia los matorrales a los que la proximidad de la noche hacía parecer aun más sombríos de lo que eran en realidad.

Sarah en pie bajo el porche o soportal, cubierto de rastros que había delante de la posada, contemplaba también al ginete que se alejaba, haciéndose cada vez menos visible.

—¡Pobre Darrell! ¡Noble y valiente muchacho! Por lo que quiero a la señorita Millirent, hubiera deseado que el capitán Duke se le pareciera algo,—dijo la posadera.

—¿Y si el capitán no lo desea lo mismo que vos deseáis, como arreglarlo en ese caso?

La persona que acababa de responder al monólogo de la señora Pecker, era un hombre de mediana estatura, que llevaba el uniforme de los oficiales de la marina real inglesa.

Se había acercado a la posada con tanto sigilo y suavidad, como lo hiciera el ginete desconocido media hora antes.

Por la primera vez en su vida tembló la gruesa Sarah delante de un hombre, y únicamente pudo balbucear.

—Perdonadme, capitán Duke, estaba pensando...

—Sí, ya veo que pensáis en alta voz, señora Pecker. A crear, lo que decís, os gustaría ver a Jorge Duke, capitán del buque de su graciosa majestad «El Buitre»

EL CAPITAN DUKE

9

El difunto Samuel Pecker, padre del esposo de Sarah, fué un robusto mocetón, de seis pies, que se parecía tanto a su hijo, como es posible se asemejen dos cosas distintas. Samuel heredó de su padre toda la propiedad conocida con el nombre del «Oso negro», que valía muy buenas libras, más no gozó mucho tiempo de su poder.

Seis meses después de su subida al trono, es decir, de su instalación en el gran sillón de ennegrecido cuero del mostrador del «Oso negro», se casó con Sarah, a la sazón ama de gobierno del amo del castillo, Ringwood Markham y viuda de un marinero llamado Tomás Masterton.

Había conocido Sarah en el castillo a Darrel desde muy niño, y por esa causa le tenía estrechamente abrazado, creyendo con toda su alma, que entre todos los hombres que frecuentaban el Ranclagh y los cafés, los que sirven en la marina o en el ejército, en Leicester, Kensington, en el club de White, en casa de Beltamy, en el Mail, en Change Alley, Bath, en Tunbridge Wells, no importa en qué sitio a la moda de Inglaterra, era imposible encontrar un caballero más apuesto, distinguido e inteligente que Darrel Markham.

—No os marcharéis esta noche, señor Darrell, porque además de desairarme, no querréis que se diga que salisteis de la posada del «Oso negro», para que os asesinasen alevosamente en las landas y matorrales de Compton.

Ahora mismo se está ocupando Jenny en asaros un capón, que comeréis remojándolo con una botella de vino del que gastaba vuestro tío y que Pecker compró cuando se vendió el castillo.

—Es inútil, Sarah, cuanto me digas, porque me es absolutamente imposible quedarme aquí. Sé que la habilidad de Jenny para preparar un asado es innegable y como tu amabilidad para tratar tus huéspedes es proverbial nada me sería más agradable que quedarme,